

JULIAN BARNES

---

*Pulso*



En una población costera un agente inmobiliario divorciado inicia una relación con una camarera extranjera y acabará descubriendo un secreto doloroso; dos escritoras ya mayores comparten giras de conferencias, una larga amistad, tiranteces, celos, maldades y confidencias; un hombre regresa a la isla escocesa en la que pasó días felices con su fallecida esposa; en los albores de la historia de Estados Unidos un pintor de retratos se venga de un detestable cliente; un hombre queda fascinado por una mujer aquejada de una enfermedad de la piel que la obliga a llevar guantes; un hijo rememora la historia de amor de sus padres, que llega hasta el lecho de muerte... Y, junto a ellos, una pareja en crisis con la jardinería como campo de batalla; unos amantes cuyas tensiones tienen como telón de fondo los bellos paisajes que recorren en sus excursiones, y un grupo de amigos que en las noches londinenses hablan desordenadamente y con altas dosis de ingenio sobre lo divino y lo humano.

Julian Barnes nos regala una nueva muestra de su depurado talento en esta espléndida colección de cuentos que indagan con sutileza, humor y perspicacia en las pasiones y debilidades humanas, a través de unos personajes inolvidables.

Una sucesión de historias sobre esos instantes de felicidad o desolación que marcan nuestras vidas, un mosaico de emociones y relaciones humanas, una prodigiosa combinación de ingenio y frescura al servicio de historias cargadas de intensidad.

*Para Pat*

«Viento del Este», «Invasión de la propiedad privada», «El retratista» y «Complicidad» aparecieron publicados por primera vez en *The New Yorker*; «En casa de Phil y Joanna 1: 60/40» y «En la cama con John Updike», en el *Guardian*; «En casa de Phil y Joanna 2: Mermelada», en el *Sunday Times*; «Armonía», en *Granta*; «Las líneas del matrimonio» empezó siendo un encargo radiofónico para ser leído por Alan Howard en 2007, y posteriormente apareció publicado en *Granta*.

# UNO

## VIENTO DEL ESTE

El pasado noviembre, una hilera de cabañas de madera de la playa, con la pintura agrietada y desconchada por el fuerte viento del este, habían ardido y quedado reducidas a cenizas. Los bomberos habían tenido que recorrer quince kilómetros y no pudieron hacer nada cuando llegaron. Gamberros y vandalismo, sentenció el periódico local, pero no se detuvo a ningún culpable. Un arquitecto de una zona más elegante de la costa declaró al telediario de una televisión local que las cabañas formaban parte del patrimonio social del pueblo y debían reconstruirse. El ayuntamiento anunció que valoraría todas las opciones, pero desde entonces no había movido un dedo.

Vernon se había mudado al pueblo unos meses antes, y no tenía ninguna opinión sobre las cabañas de la playa. Si en algo le afectaba su desaparición, era en que había mejorado las vistas desde The Right Plaice, donde en ocasiones iba a comer. Desde una de las mesas junto a la ventana ahora contemplaba, tras una franja de hormigón, un montón de guijarros húmedos, un cielo mortecino y un mar inerte. Así era la costa este: durante meses tenías una incabable sucesión de breves episodios de mal tiempo y largos periodos de clima simplemente neutro. Eso a él le parecía bien; se había instalado allí para que el clima de su vida fuera neutro.

—¿Ya ha terminado?

Él no levantó la vista para mirar a la camarera.

—Directo desde los Urales —dijo, sin apartar la mirada del inmenso y liso mar.

—¿Disculpe?

—No hay nada entre el lugar en el que estamos y los Urales. Es de allí de donde viene el viento. Y no hay ningún obstáculo que lo detenga. Llega directo atravesando todos esos países. —Lo bastante frío para congelarte el nabo, podría haber añadido en otras circunstancias.

—*Urales* —repitió ella. En cuanto captó el acento, levantó la cabeza para mirarla. Una cara ancha, cabello con mechas, rolliza y ni rastro del típico numerito de camarera para recibir más propina. Debía de ser de esos europeos del Este que en estos tiempos se desperdigaban por todo el país. En la construcción, en pubs y restaurantes, en la recogida de fruta. Llegaban en furgonetas y autocares, se hacinaban en madrigueras y ahorraban algún dinero. Algunos se quedaban, otros volvían a casa. A Vernon tanto le daba. Eso es lo que le sucedía casi siempre ahora: que tanto le daba.

—¿Eres de uno de éstos?

—¿Uno de esos qué?

—Uno de esos países. Entre aquí y los Urales.

—*Urales*. Sí, tal vez.

Vaya respuesta más rara, pensó él. O tal vez la geografía no fuese el fuerte de la chica.

—¿Te apetece nadar?

—¿Nadar?

—Sí, ya sabes. Cof, chof, crol, mariposa.

—No nadar.

—Perfecto —dijo él. De todos modos, tampoco lo decía en serio—. La nota, por favor.

Mientras esperaba, miró más allá del hormigón, hacia los guijarros húmedos. Una de las cabañas de la playa se había vendido hacía poco por veinte mil libras. ¿O fueron treinta? En la costa más al sur. Precios en ascenso, el mercado ha enloquecido: eso es lo que decían los periódicos.

Aunque esos precios no llegaban a esa parte del país, o al menos no a las propiedades que él vendía. Allí el mercado había tocado fondo hacía mucho tiempo y la curva del gráfico era tan horizontal como el mar. Los ancianos morían, vendías sus apartamentos y casas a gente que también envejecería en ellas y moriría. En eso consistía buena parte de su negocio. El pueblo no estaba de moda, nunca lo había estado: los londinenses pasaban de largo por la A12 hasta lugares más caros. A él no le suponía ningún problema. Había vivido toda su vida en Londres, hasta que se divorció. Ahora tenía un trabajo tranquilo, un apartamento alquilado, y veía a sus hijos cada dos fines de semana. Cuando crecieran, probablemente aborrecerían ese pueblo y empezarán a comportarse como pequeños esnobs. Pero por el momento les gustaba el mar y disfrutaban tirando piedras desde la playa y comiendo patatas fritas.

Quando la camarera trajo la nota, él comentó:

—Podríamos fugarnos y vivir en una cabaña de la playa.

—A mí me parece que no —respondió ella, negando con la cabeza, como si estuviese convencida de que él hablaba en serio. Oh, vaya, a los extranjeros les cuesta un poco habituarse al viejo sentido del humor británico.

Tuvo que ocuparse de algunos alquileres —cambios de inquilinos, redecoración, humedades— y, después, de una venta en la costa más al norte, así que durante varias semanas no había vuelto a The Right Plaice. Se comió su abadejo con champiñones y leyó el periódico. Había un pueblo en Lincolnshire en el que se habían instalado tantos inmigrantes que de pronto era medio polaco. Decían que ahora, con tanta gente de Europa del Este, los domingos iban a misa más católicos que anglicanos. A él le daba igual. De hecho, le caían bien los polacos que había conocido: albañiles, yeseros, electricistas. Buenos trabajadores, bien formados, de fiar, cumplidores. Vernon pensó que ya era hora



de que el rancio negocio de la construcción británico recibiese una buena patada en el culo.

Ese día el sol apenas asomaba, brillaba sesgado sobre el mar y le molestaba en los ojos. Era finales de marzo y algunas ráfagas de primavera llegaban incluso hasta aquella parte de la costa.

—¿Qué me dices hoy de ese baño? —le preguntó a la camarera cuando le trajo la nota.

—No. Nada de baño.

—Sospecho que podrías ser polaca.

—Me llamo Andrea —respondió ella.

—No es que me importe si eres o no polaca.

—A mí tampoco.

Lo cierto es que nunca se le había dado muy bien lo de flirtear; nunca atinaba con las palabras adecuadas. Y tras el divorcio se le daba todavía peor, si eso era posible, porque no ponía el corazón en ello. ¿Dónde estaba su corazón? Una pregunta para otro día. El tema de hoy era el flirteo. Conocía muy bien la mirada de una mujer cuando metías la pata. De dónde ha salido éste, decía la mirada. De todos modos, el flirteo era cosa de dos. Y quizá se estaba haciendo demasiado viejo para eso. Treinta y siete años. Dos hijos. Gary (8) y Melanie (5). Así es como aparecería en los periódicos si una mañana el mar arrastraba su cadáver hasta la costa.

—Soy agente inmobiliario —explicó. Este era otro comentario que a menudo entorpecía el flirteo.

—¿Y eso qué es?

—Vendo casas. Y apartamentos. Y alquilo. Habitaciones, apartamentos, casas.

—¿Es interesante?

—Es un modo de ganarse la vida.

—Todos necesitamos ganarnos la vida.

De pronto él pensó: no, tú tampoco sabes flirtear. Quizá seas capaz de hacerlo en tu idioma, pero en inglés no, así que estamos empatados. También pensó: parece vigorosa.

Quizá necesite a alguien vigoroso. Por lo que intuyo, podría tener mi edad. No es que eso le importase. No le iba a pedir una cita.

Le pidió una cita. No había muchos sitios a los que ir en ese pueblo. Un cine, un puñado de pubs y un par de restaurantes en los que no trabajaba ella. Aparte de eso, había un bingo para los ancianos cuyos apartamentos él vendería cuando murieran, y un club en el que holgazaneaban algunos góticos poco entusiastas. Los chavales iban a Colchester en coche los viernes por la noche y compraban drogas suficientes para meterse todo el fin de semana. No era extraño que después quemasen las cabañas de la playa.

Al principio ella le gustó por lo que no era. No era coqueta, no era una cotorra, no era avasalladora. Y no le importaba que él fuese agente inmobiliario, o que estuviese divorciado y tuviese dos hijos. Otras mujeres, tras echar un rápido vistazo, habrían dicho: no. Consideraba que las mujeres se sentían más atraídas por los hombres casados, por catastrófico que fuese su matrimonio, que por los que estaban recogiendo los restos del naufragio. Lo que a decir verdad no era sorprendente. Pero a Andrea le traía sin cuidado. No hacía muchas preguntas. Y de hecho tampoco las respondía. La primera vez que se besaron, él pensó en preguntarle si realmente era polaca, pero después se le olvidó.

Sugirió que fuesen a su casa, pero ella se negó. Dijo que iría la próxima vez. Él pasó los siguientes días inquieto, preguntándose cómo sería acostarse con una persona distinta después de tanto tiempo. Recorrió veinticinco kilómetros en coche en dirección norte para comprar condones donde nadie lo conociese. No es que le diese apuro o vergüenza, simplemente no quería que nadie supiese, o sospechase, lo que se traía entre manos.

—Bonito apartamento.

—Bueno, adonde iríamos a parar si un agente inmobiliario no pudiera hacerse con un apartamento decente para vivir.

Ella llevaba una bolsa de fin de semana; se desnudó en el cuarto de baño y volvió en camisón. Se echaron en la cama y él apagó la luz. Ella se sentía muy tensa con él. Él se sentía muy tenso consigo mismo.

—Podríamos simplemente abrazarnos —sugirió él.

—¿Qué es abrazarse?

Él se lo mostró.

—¿Entonces abrazarse no es follar?

—No, abrazarse no es follar.

—Vale, abracémonos.

Con eso se relajaron, y ella no tardó en quedarse dormida.

En la siguiente ocasión, después de besarse un rato, él se reencontró con el lubricado forcejeo del condón. Sabía que tenía que desenrollarlo, pero se encontró tratando de embutírselo como si de un calcetín se tratase, tirando anárquicamente del borde. Y tener que hacerlo a oscuras tampoco ayudaba. Pero ella no dijo nada ni soltó una tosecilla recriminatoria, y finalmente él logró volverse hacia ella. Ella se levantó el camisón y él se colocó encima. Su mente estaba medio llena de lujuria y ganas de follar, y medio vacía, como si se preguntara qué estaba haciendo. No pensó mucho en ella esa primera vez. Se trataba de estar pendiente de uno mismo. Después ya le dedicaría su atención a la otra persona.

—¿Ha estado bien? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí, ha estado bien.

Vernon se rio en la oscuridad.

—¿Te estás riendo de mí? ¿Para ti no ha estado bien?

—Andrea —dijo él—, todo está bien. Nadie se está riendo de ti. No dejaré que nadie se ría de ti. —Mientras ella dormía, él pensó: los dos estamos empezando de nuevo. No sé cómo ha sido su pasado, pero quizá ambos esta-

mos empezando de nuevo desde el mismo humilde punto de partida, y eso es perfecto. Todo es perfecto.

La siguiente vez, ella estaba más relajada, y lo apretó con fuerza entre sus piernas. El no supo con seguridad si ella se había corrido o no.

—Cielo santo, qué fuerte eres —dijo él al acabar.

—¿Es malo ser fuerte?

—No, no, para nada. ¡Ser fuerte es estupendo!

Pero en la ocasión siguiente él notó que ella no lo apretaba con tanta fuerza. Y tampoco parecía gustarle mucho que él le acariciase los pechos. No, no era exactamente así. Aparentemente no le importaba que lo hiciera o no. O, más bien, si él quería hacerlo, le parecía bien, pero era por él, no por ella. Al menos eso es lo que creyó entender. ¿Y quién ha dicho que haya que hablarlo todo la primera semana?

Él se alegraba de que ninguno de los dos fuese bueno seduciendo: era una suerte de engaño. Por el contrario, Andrea siempre era franca con él. No hablaba mucho, pero lo que decía era lo que hacía. Quedaban donde y cuando él proponía, y allí estaba ella, esperándolo, apartándose un mechón de cabello de los ojos, agarrando el bolso con más firmeza de lo que era necesario en ese pueblo.

—Eres tan de fiar como un albañil polaco —le dijo él un día.

—¿Y eso es bueno?

—Eso es muy bueno.

—¿Es una expresión inglesa?

—A partir de ahora lo es.

Ella le pidió que la corrigiese cuando cometiera un error al hablar en inglés. Él le enseñó a decir «Creo que no» en lugar de «Yo no creo»; pero, de hecho, a él le gustaba más su manera de hablar. Siempre la entendía y esas frases no del todo correctas formaban parte de su personalidad. Tal

vez él no quisiese que ella hablara como una inglesa, no fuese a empezar a comportarse como una inglesa..., bueno, al menos como una en particular. Y en cualquier caso no quería interpretar el papel de profesor.

En la cama era lo mismo. Las cosas son como son, se dijo. Si ella siempre llevaba un camisón, tal vez fuese porque era católica; aunque jamás mencionó que fuese a misa. Si él le pedía que se la chupase, ella lo hacía, y parecía gustarle; pero nunca le pedía a él que se lo hiciese a ella; ni siquiera parecía gustarle mucho que él le acariciase con la mano por ahí abajo. Pero eso a él no le molestaba; ella era como era y no había que darle más vueltas.

Ella jamás le pidió que entrase en su casa. Si él la acompañaba en coche, ella ya estaba trotando por el cemento del camino que llevaba a su casa antes de que él hubiese puesto el freno de mano; si pasaba a recogerla, ella siempre estaba ya fuera esperándole. Al principio a él le parecía bien, pero después empezó a resultarle un poco raro, así que le pidió ver dónde vivía, sólo un minuto, para poder imaginarse dónde estaba cuando no estaba con él. Volvieron a la casa —una casa pareada de los años treinta, de fachadas sin obra vista, con muchos vecinos y con los marcos metálicos de las ventanas muy oxidados— y ella abrió la puerta de su apartamento. El ojo profesional de él estudió los metros cuadrados, el mobiliario y el probable precio del alquiler; el ojo del amante se fijó en un pequeño tocador con fotos en marcos de plástico y una imagen de la Virgen. Había una cama individual, un minúsculo fregadero, un microondas de medio pelo, un pequeño televisor y ropa colgada en perchas precariamente colgadas de una moldura. En el minuto escaso que tardaron en salir, se sintió conmovido al ver la vida de ella expuesta de ese modo. Para disimular su súbita emoción, Vernon dijo:

—No deberías pagar más de cincuenta y cinco. Más agua y luz. Puedo encontrarte algo más grande por el mismo precio.

—Está bien así.

Ahora que había llegado la primavera, tomaban el coche para ir hasta Suffolk y contemplaban cosas típicamente inglesas: casas con entramado de madera sin aislante, tejados de paja que te llevaban a la franja alta de la cuota del seguro. Pararon junto a un parque municipal y él se sentó en un banco que miraba hacia un estanque, pero a ella eso no le gustó, así que se pusieron a contemplar la iglesia. Rogó en su interior que no le pidiese que le explicara la diferencia entre anglicanos y católicos o la historia que había detrás de todo ese tema. Tenía algo que ver con el deseo de Enrique VIII de volver a casarse. El nabo del rey. Al final, todos los temas acababan en el sexo si los analizabas con suficiente detalle. Pero por suerte ella no preguntó.

Ella empezó a cogerle del brazo y a sonreír con más frecuencia. Él le dio la llave de su apartamento; cautelosamente, ella empezó a dejar allí lo esencial para pasar la noche. Un domingo, a oscuras, él abrió el cajón de la mesilla de noche y descubrió que se le habían acabado los condones. Soltó una maldición y tuvo que explicárselo.

—No pasa nada.

—No, Andrea, sí que pasa, joder. Lo último que necesito es que te quedés embarazada.

—No creo que eso suceda. No embarazada. No pasa nada.

A él le convencieron sus palabras. Más tarde, mientras ella dormía, él se preguntó qué había querido decir exactamente. ¿Que no podía tener hijos? ¿O que también tomaba algo para estar absolutamente segura? De ser así, ¿qué opinaría al respecto la Virgen María? De pronto pensó que esperaba que no confiase en el método Ogino. Esa confianza en la regularidad y en tener contentos al mismo tiem-

po al Papa y al amante de turno conducía a un fracaso garantizado.

Pasó el tiempo; ella conoció a Gary y Melanie; los niños se encariñaron con ella. Ella nunca les decía lo que tenían que hacer; ellos tenían el mando, y eso a ella le parecía bien. También le hicieron las preguntas que él nunca se había atrevido a hacerle ni le habían preocupado.

—Andrea, ¿estás casada?

—¿Podemos ver la tele todo el rato que queramos?

—¿Has estado casada?

—¿Me dolerá la barriga si me como tres?

—¿Por qué no te has casado?

—¿Cuántos años tienes?

—¿De qué equipo eres?

—¿Tienes algún hijo?

—¿Os vais a casar tú y papá?

Él se enteró de las respuestas a algunas de esas preguntas; como cualquier mujer sensata, ella no iba a confesar su edad. Una noche, a oscuras, después de haber devuelto a los niños y demasiado afectado para hacer el amor, como siempre le sucedía en estas ocasiones, le dijo:

—¿Crees que podrías amarme?

—Sí, creo que podría.

—¿Podrías o querrías?

—¿Qué diferencia hay?

Guardó silencio unos instantes.

—No hay ninguna diferencia. Aceptaré cualquiera de las dos cosas. Aceptaré ambas. Aceptaré lo que me des.

No sabía cómo habían pasado al siguiente estadio. ¿Porque estaba empezando a enamorarse de ella, o porque en realidad no quería que sucediese? ¿O sí quería, pero le daba miedo? ¿O era que, en el fondo, tenía una tendencia innata a joderlo todo? Eso es lo que le había dicho su mujer —su exmujer— una mañana mientras desayuna-